

«El negro Falucho» y la subalternización sistemática de lo afroargentino¹

ALEJANDRO SOLOMIANSKI

Antecedentes y alcances de la problemática

La presente propuesta intenta especificar, desde un marco cultural amplio y considerando una franja temporal de más de dos siglos, como se configuraron los rasgos distintivos de la identidad nacional argentina en tanto discurso imaginario de los grupos hegemónicos. Enfrentando a ese entramado simbólico distorsivo, verdadero genocidio discursivo, puede observarse, a pesar de todos los intentos de blanqueamiento o anulación, una configuración de la argentinidad mucho más compleja. Desde esta perspectiva valorativa de la diversidad se destaca un imaginario de la nacionalidad en el que las masas afroargentinas (primera minoría –y mayoría de por sí, según la lectura de las estadísticas– sin duda, al empezar el siglo XIX y hasta la «caída» de Rosas) realizaron su aporte, esencial, en la configuración de la identidad argentina fundacional, correspondiente a la mayor parte del siglo XIX. En este sentido la subalternización de lo afro-argentino responde a una urdimbre ideológica y a un entramado socioeconómico y no a las diversas esencialidades que componen sus aportes a la argentinidad.

Las presentes reflexiones son una reelaboración que considera diversos trabajos míos previos sobre esta constelación de temas apare-

¹ Algunas ideas, datos y fragmentos del presente texto han aparecido en formulaciones previas en Alejandro Solomianski, *Identidades secretas: La negritud argentina*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2003. Agradezco a Beatriz Viterbo Editora por autorizar su edición en este nuevo contexto.

cidos en revistas y libros;² y fundamentalmente de datos e ideas aparecidos en mi libro *Identidades secretas: La negritud argentina*, cuya investigación sobre la figura de «Falucho» reelaboro y profundizo. Por una cuestión de espacio y contundencia en la efectividad argumentativa el estudio se centrará principalmente en la ambigua pero tremendamente firme elaboración de «blanquedad» en la fundación simbólica de la Argentina realizada por Bartolomé Mitre a través de sus «episodios de historia nacional»; específicamente el ya mencionado, referido a «el negro Falucho».³ Mitre no tiene más remedio que introducir la negritud en su recuento pseudo-histórico ya que la presencia física de los afro-argentinos poseía una visibilidad tremenda e innegable durante todo el siglo XIX en nuestro país. Sin embargo lo hace con una astucia que le permite obtener el mayor provecho político que puede en función de la expansión de su ideología. Tal vez él mismo hubiera podido asombrarse de la inmensa eficacia de su narración con el correr de las décadas. Una vez analizadas minuciosamente las diversas implicaciones identitarias que el establecimiento de este relato presupone para la consolidación y expansión del imaginario nacional, trazaré un breve esquema de la remarcable productividad intelectual de los afro-argentinos en las últimas décadas del siglo XIX. De este modo a la configuración sobre-exhibida de un personaje inexistente opondré las presencias escondidas de personas que realmente existieron y contribuyeron a la creación de la auténtica cultura argentina (figure en los programas de estudio o no).

Finalmente, se podrá observar con nitidez que más allá del racismo (presente en toda estructura nacional) el conflicto en las representaciones de la (afro) argentinidad se encuentra en la confrontación de lo históricamente factual con el imaginario nacional hegemónico. Frente a esta armadura ideológica: 'la Argentina es un país blanco y si

² Los menciono a continuación con el objetivo de ilustrar lo amplia y compleja que resulta la problemática de las representaciones de la afro-argentinidad en el repertorio imaginario de la nacionalidad argentina: (Solomianski, 2011: 53-68); (Solomianski, 2005: 83-98); (Solomianski, 2004: 29-41); (Solomianski, 2003b: 26-42); (Solomianski, 2002: 145-159).

³ No deja de haber también una motivación inmediatamente pedagógica. Ya es tiempo de que en las escuelas primarias y colegios secundarios de nuestro país dejen de repetir las absurdas loas a «Falucho».

en el pasado hubo algunos negros, estos no contribuyeron sustancialmente, o lo ¿hicieron? en la distante Lima, o sus contribuciones permanecen, por un mecanismo del armado estructural, invisibles?.

Sin embargo, emprendimientos como el presente libro, las numerosas publicaciones que se vienen realizando desde los '90 y el trabajo continuo de las organizaciones de afrodescendientes van llevando a una reescritura, o al menos a una discusión, del canon literario y del perfil identitario argentinos. Y aunque el daño ha sido muy grande, y ni siquiera en décadas podría realizarse la compensación simbólica correspondiente, puede afirmarse que, al menos, los materiales conservados permiten reconstruir la lógica de eliminación, e incluso de genocidio discursivo. El cierre del texto apunta a las posibilidades reparadoras que el futuro nos ofrece.

Construcción del eje Negritud/Blanquedad argentina

Los «negros» resultan prácticamente invisibles en el año dos mil once y, en la memoria colectiva, para todo el siglo XX (y, hasta cierto punto, para todo el pasado argentino).⁴ La presuposición más extendida y común sugiere que si en el pasado hubo tal población ésta debe haber sido reducida en número y sus aportes culturales escasos o irrelevantes; de otra manera hubiera persistido alguna huella, algún signo que nos señalara la presencia de esas mujeres y hombres en el país más «europeo» de América Latina, en un país «prácticamente blanco». De hecho la expresión «negritud argentina» puede ser leída como una proposición netamente oximorónica en tanto que vincula y unifica dos elementos contradictorios: lo negro y lo plateado (metáfora inmediata y naturalizada de lo blanco).⁵

⁴ Esto ha ido cambiando paulatinamente durante los últimos veinticinco años. Lentamente, en un proceso que previsiblemente continuará y que puede vincularse a los flujos migratorios impulsados por la «globalización», un fenómeno de visualización real e innegable de individuos con evidente ancestría africana ha venido a alterar la imaginaria «blancura» absoluta de la Argentina para dar paso a la percepción de un índice mínimo de «negritud» aunque conceptualizada como extranjería.

⁵ El nombre del país proviene de un latinismo culterano derivado de la palabra latina «argentum», que significa «plata» en su mayor nivel de generalidad. De este modo hoy

Sin embargo solamente observar el centro del campo simbólico de la tradicional «Blanquedad» argentina problematiza su propia coherencia: *El matadero* de Esteban Echeverría, *Amalia* de José Mármol y el *Martín Fierro* de José Hernández se revelan como textos surcados o, mejor aún, invadidos por afro-argentinos. No se trata solamente del numeroso porcentaje poblacional del que estos textos dan cuenta; además del trasfondo material allí representado, una cuestión esencial, o que apunta más claramente a la configuración identitaria en sí misma se hace presente: negras y negros cumplían, con mayor o menor centralidad, roles determinantes en el desarrollo de las narraciones. Los grandes relatos fundacionales de la nacionalidad argentina («blanca») se delinearán recortándose contra, o en contrapunto con, masas o individualidades «negras».

Intentaré, dentro de este nivel introductorio, un breve recuento de los hechos básicos acerca del ignorado segmento poblacional afro-argentino. Es una verdad «científicamente» aceptada que los afro-argentinos conformaban durante el siglo XIX un gran segmento de la población de la República Argentina. De acuerdo a censos y registros de la época este alto porcentaje habría oscilado en la ciudad de Buenos Aires, dependiendo del momento en cuestión y de la interpretación de los documentos, entre el 20% y más del 30% de la población total hasta bastante avanzado el siglo XIX. Este hecho se considera como una verdad histórica irrefutable hasta el año 1871, en el que la epidemia de fiebre amarilla habría dado el golpe de gracia a este sector de la población que por diversas razones se hallaba encauzado en una pendiente de decadencia y retroceso que habría sido permanente, o se habría acentuado o iniciado a partir de la «caída» de Juan Manuel de Rosas en 1852.

Las motivaciones de este decrecimiento demográfico fueron la activísima participación de este grupo social en las primeras líneas de fuego durante las guerras de la Independencia latinoamericana pero sobre todo en el genocidio denominado Guerra del Paraguay o de La Triple Alianza (1865-1870); el cese del tráfico esclavista; bajas tasas

asociamos con las imágenes del gaucho y la llanura pampeana una palabra que en la poesía del «Siglo de Oro» español metaforizaba la blancura.

de natalidad y altas de mortalidad originadas en las desfavorables condiciones de vida de este sector social; por la misma razón procesos de mestizaje con tendencia «blanqueadora»; y el motivo más definitivo: la dilución dentro del inconmensurable crecimiento de la inmigración europea que se fue acentuando progresivamente a partir de las cuatro últimas décadas del siglo XIX.

De alguna forma este breve relato de los hechos configura ya de por sí, dentro de la imagen contemporánea del pasado nacional argentino, un ejercicio de memoria activa que contradice y amenaza la auto-percepción europeizante de la argentinidad. Sin embargo ésta ya es una versión en algún grado mitigada o filtrada por la negación de la negritud. Si bien todo lo mencionado hasta aquí posee validez y se fundamenta en documentación hay ciertos elementos que problematizan su objetividad y lo relativizan como un relato favorable a ciertos intereses simbólicos del entramado de los grupos de poder dominantes.

Al menos cuatro diarios de viajeros del siglo XIX proponen porcentajes de población afro-argentina mucho mayores a los establecidos por los censos oficiales (Andrews, 1980: 78). Por otra parte no resulta aceptable proponer que el inmenso decaimiento de los afro-argentinos como grupo de referencia social implique la desaparición total de un sector que aún hoy posee varias centenas de miles de personas.⁶

Considero que esta tendencia a la negación del componente poblacional afro-argentino es el procedimiento más visible de construcción de «argentinidad» desde las capas dominantes. Dicho principio constructivo puede sintetizarse como la operativa de blanqueamiento simbólico («civilización», europeización) de un espacio «inferior»,⁷ supuestamente «desértico –en tanto no estaría realmente habitado por verdaderos seres humanos en toda su potencialidad–» (dotado de objetos o «sujetos» degradados cuya idiosincrasia es la falta) y

⁶ Dina Picotti (1998: 44) señala que según datos de la propia comunidad serían al menos 1.000.000. los descendientes de afro-argentinos que aún pueden reconocerse como tales.

⁷ Secundario, dotado de una carencia de plenitud existencial que constituiría su esencialidad y sería su «pecado original»; cfr. al respecto *El pecado original de América* de H. Murena (1954).

«anacrónico» (detenido o instalado en una etapa «pasada» de «el itinerario evolutivo ‘universal’ del género humano»). Los elementos tradicionales o populares de este espacio pueden pasar a integrarse, una vez «desbarbarizados» o «blanqueados», en la fluencia «histórica» del mundo ontológicamente «superior» de la civilización occidental. Estos elementos serían aportes materialmente sudamericanos pero formalmente europeos; tal vez ésta sea la forma más sintética de caracterización de lo argentino para la auto-percepción argentina tradicional. A pesar de esta operativa simbólica que configura nuestra «realidad» mucho de lo que hoy es considerado típicamente argentino y como tal goza de repercusión internacional se encuentra en alguna medida vinculado con prácticas culturales en sus orígenes afro-argentinas, o en prácticas sincréticas en las que «pardos» y «morenos» ocuparon espacios de máxima relevancia.⁸ Sobre la relación entre el candombe, la milonga y el tango se ha escrito mucho y se trata de una evolución no muy discutible. Muchos de los primeros intérpretes, compositores y aún letristas de tango fueron «negros». El mundo «negro» que tan irónica, despectiva y resentidamente describe Esteban Echeverría en *El matadero* (1839) se focaliza repetidamente en las achuradoras, mayoritariamente mujeres afro-argentinas («africanas» las llama) que recolectaban los restos vacunos menos valiosos monetariamente y que coinciden con algunos de los platos de la prestigiosa parrillada argentina. Muchos de los más grandes payadores fueron «negros» y un ejemplo notable es justamente el mayor maestro del género, Gabino Ezeiza.

La elaboración de la «fundación histórica» como distorsión deliberada

Es uno de los datos más pintorescos y a la vez más insólito de nuestra construcción de la historia argentina, que el único «Héroe» afro-argentino de las luchas emancipadoras de comienzos del siglo

⁸ Como dato curioso puede señalarse que hasta el «primer presidente» argentino (unitario) según la historia liberal fue Bernardino Rivadavia, quien, visiblemente, tenía algún grado de ascendencia africana.

XIX –o de las luchas que fueren) ha sido homenajeado con un monumento y que despierta algún tipo de referencia en la memoria popular al ser nombrado, jamás ha existido. O al menos su existencia de soldado raso se verifica solamente en un recuento del que no hay documentación alguna. En tanto que los once afro-argentinos que llegaron a coroneles (históricamente documentados) y las decenas de miles de soldados que lograron gran parte de la Independencia de este continente están sepultados en el más escandaloso olvido.

Me refiero a la «faluchización» de las tropas afro-argentinas y a la entronización de «el negro Falucho» no sólo como el único soldado afro-argentino sino como el único héroe (bastante inclinado al suicidio) perteneciente a la «raza». En rigor «Falucho», soldado raso, «héroe de las Guerras de la Independencia» fue totalmente inventado por Bartolomé Mitre en 1857 con la finalidad de otorgarle «superioridad moral» a la Buenos Aires secesionista y, a la vez, distorsionar el verdadero rol protagónico que los regimientos de pardos y morenos tuvieron en esas luchas. Insisto, el único «moreno» que posee un monumento conmemorativo y una plazoleta en su «honra» jamás ha existido, en tanto que los numerosos soldados afro-argentinos, entre ellos oficiales de alta graduación (coronel es el grado máximo otorgado a afroargentinos), que forman parte absolutamente esencial de la historia militar argentina y latinoamericana (en el poco tiempo que ésta puede considerarse gloriosa) permanecen desaparecidos de la memoria nacional. Dejemos de lado las connotaciones (que a un maestro de la lengua como Mitre no podían escapárseles) despectivas del apodo «Falucho» ya sea las que refieren a un «falo» de mala calidad o a algo «fallido» que finaliza con un morfema despectivo.

Me interesa detenerme en la configuración de este «cuento» porque su exitoso funcionamiento se regula de acuerdo a las pautas del principio constructivo de la «argentinidad» tal como se propone en la sección segunda del presente texto. Por otra parte se trata, probablemente, de la mayor distorsión del rol de la negritud en la consolidación de la autonomía política de la Nación Argentina, cuyo éxito incuestionable vuelve apropiado estudiar su entretimiento en detalle y con el nivel de reiteración que resultara pertinente.

Como ya he mencionado, la «única y mayor» gloria militar afro-argentina cuenta con el homenaje de una plazoleta, y una escultura en ella, en la ciudad de Buenos Aires en el barrio de Palermo (Avenidas Santa Fe, Luis María Campos y Fitz Roy) Un lugar de notable privilegio para quien conoce la ciudad y sobre todo tratándose del homenaje a alguien que nunca existió. Resulta divertido constatar que tras una búsqueda en la web aparecen y empiezan a multiplicarse los sitios como «Wikimapia», «Barrio Palermo» y otros que sin ningún tipo de constatación (o conocimiento) difunden aún más la fábula mitrista otorgándole mayor circulación y credibilidad.

Por otra parte el figurado héroe es también el único afro-argentino que perdura en la memoria nacional mediante las reiteradas tradiciones escolares acerca del «negro Falucho»; cuya multiplicación interpreto como un intento ultra-correctivo de lavar el racismo inconsciente y constitutivo de los docentes en tanto su inmediata configuración de la identidad nacional corresponde al de la típica clase media argentina, en mayor o menor medida regulada por la construcción del imaginario dominante. Como he mencionado ya desde la misma invención del nombre del personaje, o mejor dicho del sobrenombre, que llega a eclipsar de un modo absoluto al «verdadero nombre», o a la ficción menos útil de un «nombre y apellido», la intención y creatividad de Mitre resultan confirmadas⁹. La raíz «Fal» remite a falla o a falsedad, la desinencia «ucho» es un morfema despectivo indicador de baja calidad o categoría. También permanece como significado latente el de un «falo» de último orden, un «falucho».¹⁰ Ignoro cuanta vigencia tendría el apodo en la primera mitad del siglo XIX, pero, a pesar (se trataría de una supuesta gloria de la nacionalidad) de la invención y aceptación del héroe mítico, es un sobrenombre que, decididamente, no ha despertado la simpatía de los argentinos.

⁹ Supuestamente el nombre «real» del personaje habría sido Antonio Ruiz. Pero Mitre, que dice basarse en diversos testimonios, actúa directa y explícitamente como el narrador omnisciente de un cuento. Arturo Jauretche (1962, 65-66) señala que «el mitrismo significó una 'política de la historia'. (...) En cierta manera yo diría que la obra fundamental de F.O.R.J.A. tiene cierta similitud con el mitrismo, pero de signo inverso.

¹⁰ Frantz Fanon, en *Pieles negras, mascarar blancas*, se detiene especialmente en la conflictiva problemática, que, desde un punto de vista psicoanalítico, constituye el falo del hombre «negro» para el hombre «blanco».

El autor de la leyenda es Bartolomé Mitre quien publica su primera versión en 1857; se queja en una segunda versión (cuya función no es ampliar la documentación ni la fundamentación de su relato sino enfatizar una carismática difusión del personaje), de la indiferencia con que esta «historia» ha sido tomada por los historiadores. Declara también el punto de partida para el cuento: la obra del supuesto testigo presencial coronel Juan Espinosa *La herencia española de los americanos* (1852) donde se le dedica un recuerdo indocumentado considerablemente tardío al personaje. Mitre señala:

La relación del coronel Espinosa, aunque llena de interés y escrita con animación, era incompleta y adolecía de inexactitudes. (Mitre, 1968: 6)¹¹

Y se queja:

Han transcurrido desde entonces dieciocho años (desde 1857), una nueva generación ha crecido, y todavía ningún libro histórico ha registrado esos nombres. La prensa popular, que se encargó antes de la reparación y del premio, se encarga de hacerles revivir, agregando hoy nuevas noticias a su respecto, mientras llega el tiempo en que del «Diario» pasen al «Libro».¹²

En función de la producción significativa de todo este episodio comunicacional considero fundamental establecer un momento del enunciado y un momento de la enunciación, sobre todo de la primera (1857) cuando Mitre fabrica o realiza a su personaje. El enunciado, los hechos narrados, tiene lugar en Lima en febrero de 1824 durante

¹¹ Es curioso el don telepático omnisciente de Mitre que le permite rectificar los errores de un supuesto testigo presencial a décadas de distancia.

¹² Justamente uno de los estudios más extensos y detallados sobre el personaje lo realiza Marcos de Estrada, (en un libro publicado con fondos públicos durante la última dictadura genocida y claramente inclinado a sus líneas ideológicas) con una tendencia favorable a su convalidación no puede, sin embargo, dejar de recoger la atmósfera mítica que emana de su proceso de constitución. Jorge Miguel Ford en su *Beneméritos de mi estirpe* (1899) no incluye este «episodio histórico» «uno de los más interesantes y sublimes de la guerra de la independencia sudamericana» (Mitre, 1968: 5); George Reid Andrews no lo considera una narración histórica.

la sublevación de la guarnición patriota de los castillos del Callao. Cabe destacarse que este ejército eran los restos que quedaban del Ejército de los Andes que bajo las órdenes de San Martín había triunfado en Chacabuco y Maipú. Los sublevados fueron los suboficiales y soldados y las motivaciones fueron un atraso de más de cinco meses en la paga de los salarios,¹³ y tal vez el deseo de retornar a Chile y al Río de la Plata de donde eran originarios. Los sublevados capturaron a los jefes y oficiales patriotas y los encerraron en las casamatas del castillo del Callao justamente donde estaban los prisioneros realistas que fueron liberados, tomando entonces de este modo el movimiento una tendencia reaccionaria y cambiándose la bandera argentina del ejército patriota por la española.

Se trata entonces de una historia de fracciones enfrentadas donde se ponen en juego las lealtades y los símbolos. Antes de citar mis recortes del relato de Bartolomé Mitre considero de máxima relevancia explicitar la carga significativa del momento de la enunciación, especificar los datos de un escenario que le otorga una gran parte de su sentido al cuento.

En primer lugar, en 1857 Buenos Aires y el resto de las provincias, es decir, la Confederación Argentina, se hallan divididas desde la «caída» de Rosas y la capital del país es la ciudad de Paraná localizada en la provincia de Entre Ríos. Esta secesión duró diez años y pudo haber sido definitiva.¹⁴ En segundo lugar fue justamente un discurso de Mitre ante la Legislatura de Buenos Aires el que encendió el fuego de la segregación. Por último Mitre fue el jefe del ejército de la Buenos Aires autónoma y se enfrentó militarmente repetidas veces con el ejército de la Confederación Argentina. Estamos entonces frente al relato de un ultraportañista enunciado en un momento conflictivo en el que necesita legitimarse o al menos hacer propaganda para su facción.¹⁵

¹³ De hecho «en el día anterior a la sublevación habían sido abonados de sus sueldos los jefes y oficiales, sin que se acordasen de la tropa» (Mitre, 1968: 7)

¹⁴ Opinión de Félix Luna en *Breve historia de los Argentinos* (1993: 105).

¹⁵ Cfr. en el fragmento citado a continuación que Falucho es conocido por su «exaltado patriotismo» y «sobre todo por su entusiasmo, por cuanto pertenecía a Buenos Aires». El verbo «pertenecer» no deja de producir un significado ambiguo al ser referido a alguien que es percibido ante todo como un «negro».

«Falucho», en esta coyuntura histórica, extensísimamente documentada, nos habla de las preocupaciones inmediatas de Mitre: la relación entre Buenos Aires y el resto del país; pero también metafórica de un modo más complejo, simultánea y tal vez inconscientemente, o desde la órbita de los deseos más profundos del autor, establece el modo apropiado de considerar y resumir el aporte afro-argentino en las luchas de la Independencia trazando una línea divisoria tajante entre «negritud» y «blanquedad».

En la noche del 6 de febrero, subsiguiente a la de la sublevación, hallábase de centinela en el torreón del Real Felipe un soldado negro, del regimiento del Río de la Plata, conocido en el Ejército de los Andes con el nombre de guerra de Falucho. Era Falucho un soldado valiente, muy conocido por la exaltación de su patriotismo y, sobre todo, por su entusiasmo por cuanto pertenecía a Buenos Aires. [...] En aquel momento se presentaban ante el negro Falucho los que debían enarbolar el estandarte, contra el que combatían después de catorce años. A su vista el noble soldado, comprendiendo su humillación se arrojó al suelo y se puso a llorar amargamente, prorrumpiendo en sollozos. Los encargados de cumplir lo ordenado por Moyano, admirados de aquella manifestación de dolor, que acaso interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenaron a Falucho que presentase el arma al pabellón del rey que se iba a enarbolar. Yo no puedo hacer honores a la bandera contra la que he peleado siempre —contestó Falucho con melancólica energía, apoderándose nuevamente del fusil que había dejado caer. ¡Revolucionario! ¡Revolucionario! —gritaron varios a un mismo tiempo. ¡Malo es ser revolucionario, pero peor es ser un traidor! —exclamó Falucho con el laconismo de un héroe de la antigüedad; tomando el fusil por el cañón, lo hizo pedazos contra el asta-bandera, entregándose nuevamente al más acervado dolor. Los ejecutores de la traición, apoderándose inmediatamente de Falucho, le intimaron que iba a morir, y haciéndole arrodillarse en la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaron a quemarropa sus armas al pecho y la cabeza. Todo era silencio y las sombras flotantes de la noche aún no se habían disipado. En aquel momento brilló el fuego de cuatro fusiles, se oyó su detona-

ción, resonó un grito de ¡Viva Buenos Aires! y luego entre una nube de humo, se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho, que caía gritando ¡Viva Buenos Aires! ¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazón de un soldado tosco y oscuro! Así murió Falucho, como un guerrero digno de la República de Esparta. (Mitre, 1968: 11-12)

Respecto a la caracterización de la figura del héroe cabe destacarse una actitud sumamente ambigua e incluso contradictoria por parte del narrador. Por un lado se trata de una gloria digna de los mármoles de la antigüedad clásica, un valeroso hijo de Esparta; por el otro se trata de «un soldado tosco y oscuro» que sirve para ejemplificar la incomparable grandeza de Buenos Aires capaz de inspirar semejante lealtad y heroísmo incluso en una persona de tan baja condición.

Cabe destacarse que si Falucho muere con la exclamación «Viva Buenos Aires» a manos de otros ex-miembros del Ejército de los Andes, es presumible que estos últimos pertenezcan a otros pueblos de los que entonces integraban las Provincias Unidas del Sur y que en el momento en que Mitre hace su relato, treinta y cinco años después, corresponden al espacio de la Confederación Argentina. De este modo «Buenos Aires» se torna el espacio legítimamente revolucionario y fundador de una nueva identidad política y nacional mientras el interior del país se constituye como el espacio anti-argentino de la traición y el retroceso.

Es importante señalar aquí, en función de las lealtades, reconocimientos y consideraciones que fue justamente la Confederación Argentina la primera en abolir definitivamente, al menos en tanto forma jurídica, la institución de la esclavitud en la Constitución de 1853 sancionada en la ciudad de Santa Fe. La Buenos Aires autónoma aceptará de hecho la abolición de la esclavitud en 1861 con la reunificación del país. En definitiva, Mitre enuncia esta historia (1857) desde un Estado que aún no ha abolido la esclavitud y en el cual no puede decirse que él sea justamente un hombre alejado de la esfera de la toma de decisiones.

Dejando de lado el eje Buenos Aires/ Confederación me interesa centrarme en la representación del aporte militar afro-argentino que la narración de Mitre nos propone. En primer lugar se trata de un «tosco y obscuro» soldado raso. Siendo esta figura la que finalmente acaparó el espacio de la negritud en el imaginario militar argentino bien vale destacar la existencia histórica (y no mítica) de numerosos oficiales superiores afroargentinos; George Reid Andrews (1980: 229-231) establece un listado de once coroneles afro-argentinos. Aparte de su ínfima jerarquía Falucho es el héroe destinado a morir y no a vivir o a pelear por la causa: es una figura que apunta hacia el pasado y no hacia el futuro, es el último «auténtico» resto del Ejército de los Andes en el momento de su desaparición. Pero no funciona como un mártir; a menos que la lucha que se quiera reivindicar es la de poner a Buenos Aires como cabeza del país dividido en 1852.

Finalmente, salvo por la utilización de su voz y de un modo bastante lacónico, resulta totalmente pasivo, no solo no amaga a defenderse sino que él mismo rompe su fusil contra el asta-bandera quitándose toda posibilidad de morir combatiendo. Su comportamiento claramente resalta un componente de sumisión en su actitud. Su exclamación «¡Viva Buenos Aires!» presupone (en mi opinión deliberadamente, aunque más no fuera a nivel práctico de un modo indiscutible) un «muera el negro Falucho».

Poetas, periodistas, payadores: intelectuales afro-argentinos

En las páginas anteriores hemos visto el espacio, tanto físico como simbólico al que la afro-argentinidad había sido reducida, ya desde el momento fundacional de la nacionalidad, por una de las voces más resonantes del campo dominante. Curiosamente durante las últimas tres décadas del siglo XIX se produce, a pesar (o tal vez justamente gracias a) del peso opresor del campo intelectual euro-argentino, un «renacimiento» afro-argentino en el que numerosos intelectuales producen poesía, ensayo, payada y un periodismo que en sus momentos más notables ataca a las instituciones y al discurso represor. Lo que me propongo hacer en este apartado es una recuperación

de los nombres de algunos de estos autores, principalmente de aquellos que, vergonzosamente, continúan siendo expulsados de la memoria y del canon de la historia intelectual argentina del siglo XIX. Hacer un muestrario de esta producción reveladora, de un fragmento parcial de una producción intelectual que evidente excede lo relativamente poco que está al alcance de nuestras manos; sería, aún considerado esta disminución, una empresa imposible dentro de los límites del presente trabajo.¹⁶

En muchos casos apenas menciono el nombre de los autores, en otros, intento establecer el carácter de sus relaciones tanto con el campo intelectual afro-argentino como con el euro-argentino. En rigor me interesa en principio restablecer, al menos, algunos de sus nombres, tan rechazados o ignorados. Pero como tarea principal quiero visualizarlos en conjunto, recuperar la complejidad de su entramado de voces y sus condiciones de producción intelectual: el espacio excluido en el que la «blanquedad» les permitía el ejercicio de sus prácticas y los intersticios a través de los cuales sus escritos se asomaban a la órbita de lo hegemónico.

Es importante insistir con que los textos que menciono en este apartado son una muy pequeña fracción de los que podrían ser mencionados, que apenas nombro a autores tan relevantes como el poeta romántico Mateo Elejalde, el payador Luis García Morel, o el memorable poeta africanista Casildo Thompson. Estos textos tienden a incorporar en sus expresiones más «refinadas» como la poesía de Mateo Elejalde o la de Horacio Mendizábal una lógica logocentrista que no deja de expresar, a la vez, su conflictiva inserción en el «campo intelectual» elitista de Buenos Aires. Otros tienden decididamente a la oralidad manteniéndose en la órbita de la «cultura popular» como puede leerse en las recopilaciones de textos de Gabino Ezeiza. Toda esta producción, además de haber sido escrita por afro-argentinos, tienen, al menos tres ejes de coincidencia.

El primero es el de ser textos escritos en el borde de lo posible, y la referencia no es sólo a su expulsión hacia los márgenes o espacios

¹⁶ Una medianamente extensa recopilación de estos materiales se encuentra en mi libro *Identidades secretas: la negritud argentina* (Solomianski, 2003a:181-230).

periféricos del entramado textual de su tiempo. El punto a destacarse es su decidida posicionalidad de riesgo, el riesgo de quienes quizás (citando la memorable afirmación de Marx y Engels) «no tienen nada que perder» o ya lo tienen todo perdido de antemano. En este sentido resultan ser los textos más valientes, extremados y progresivamente más comprometidos de su tiempo. Aunque tal vez resulte obvio y bastante predecible dentro de estas condiciones se trata de una vanguardia ideológico-política y no estética.

Un segundo punto en común es que todos los textos a los que me refiero fueron escritos por afro-argentinos en un momento en el cual supuestamente, justamente para las mayores autoridades de la argentinidad (Sarmiento y Mitre, nada menos) ya eran una «raza extinguida». Esta contradicción se vuelve más estentórea cuando visualizamos el fenómeno de expansión o incluso de verdadero estallido de la prensa afro-argentina que se produjo entre los años 1869 y 1882 con periódicos como *La igualdad*, *La broma*, *Los negros* o *La juventud* (para mencionar solamente aquellos que hoy resultan accesibles). También merece recordarse *El proletario* dirigido por Lucas Fernández (hallable en relativo buen estado de conservación en la biblioteca de la Universidad de La Plata) que fue un semanario un poco anterior a los otros textos que menciono editado sólo durante 1858. Ya desde su nombre se expresa con mayor explicitud y seriedad una línea ideológica que, como puede constatarse, también estuvo presente en los periódicos de las siguientes décadas.

El tercer rasgo común de estos textos es el haber sido ignorados, rechazados y borrados del mapa literario y de la memoria cultural argentina. Podría pensarse que la poesía payadoril tan estéticamente lograda y tan interesante de Gabino Ezeiza ha tenido un cierto nivel de reconocimiento y esto fue cierto, pero sólo mientras él estuvo vivo y era una presencia sumamente activa en el campo de la «cultura popular». Una vez muerto se ha reeditado solamente un folleto (una suerte de antología) titulado *Recuerdos del payador* en 1946, otra compilación que incluye textos suyos y de Pancho Cueva en 1949 y más recientemente aparecen cuatro composiciones suyas en la notable antología *El cantar del Payador* compilada, prologada y anotada por Beatriz Seibel. El resto de su producción es de muy difícil acceso. De

hecho sólo encontré tres libros (1897, 1910 y ¿1916-1917?) en la Biblioteca Nacional Argentina. Por supuesto que su producción no aparece en los programas de literatura argentina de los colegios secundarios ni se investiga a nivel universitario. Pareciera tratarse mucho más de una leyenda destinada a ocultar o desmentir el racismo argentino que de un intelectual que efectivamente existió, realizó una contribución memorable y murió en la segunda década del siglo XX.

Otro autor cuya obra también es clasificable como poesía «cultura», Miguel Noguera, que tiene incluso un libro editado en 1870, *Recuerdos y Esperanzas*,¹⁷ parece ser un «descubrimiento» realizado por mí: jamás lo encontré citado, mencionado o estudiado en la bibliografía que tuve a mi disposición, salvo en el periódico *Los Negros*, pero ésta es una fuente primaria de la época. Considero relevante destacar que si bien pueden señalarse estos rasgos comunes en la producción afro-argentina de finales del siglo XIX, también pueden percibirse diferencias e incluso contradicciones en dicha producción, es decir que de ninguna manera podría proponerse una unidad esencialista en estos textos. Las contradicciones pueden darse aún dentro de la obra de un mismo escritor, por ejemplo Horacio Mendizábal dedica su libro de 1869 *Horas de meditación* al entonces presidente Domingo Faustino Sarmiento quien ya en 1845 en el *Facundo* realizara un acto notable e inconsistente de genocidio discursivo de la negritud y quien todavía publicaría en 1883 su esencialmente racista *Conflicto y armonía de las razas en América*. Como veremos más adelante esta «cortesía» no le quita su «valentía» aunque no deja de ser un gesto ambiguo y/o multifacético.

Pretender una unidad inquebrantable en el campo intelectual afro-argentino sería tan absurdo como el pretenderla en el euro-argentino. Esperar una coherencia abrumadora por parte de Mendizá-

¹⁷ El tener libros publicados es un hecho bastante excepcional dentro de la poesía «cultura» afro-argentina. Elejalde publicó su obra en *La bruma*. Casildo Thompson, Juan Basavilbaso, Rita Pinedo, Ida Edelvira Rodríguez y otras/os poetas «cultos» circularon en manuscritos, en recitales, en folletos pero no recopilaron sus textos como libros. En rigor los únicos casos que me constan son Horacio Mendizábal (que publicó dos libros nunca reeditados), Miguel Noguera y la formidable memoria colectiva afro-argentina *Beneméritos de mi stirpe* de Jorge Miguel Ford.

bal implicaría una tendencia a ignorar forzosamente las inocultables transformaciones del pensamiento hernandiano que se manifiestan en el pasaje de la primera a la segunda parte del *Martín Fierro*. Por otra parte los entrecruzamientos estéticos entre un campo y el otro son inevitables: se trata de seres humanos habitando un mismo país. En este sentido la escritura de Elejalde se acerca mucho más a la de Mármol que a la de García Morel, la de Gabino Ezeiza se aproxima mucho más a la de Hernández que a la de Horacio Mendizábal. Vale la pena mencionar que Gabino Ezeiza participó en el estreno de la teatralización del *Martín Fierro* en Buenos Aires en 1892 (Jitrik, 1971: 70).

En rigor, confrontando la diversidad de los textos afro-argentinos, confrontando las posturas fuertemente anticlericales de la intelectualidad afro-argentina, y constatando en definitiva sus acentuadas desuniones y rivalidades (tan comunes dentro de los grupos ideológicamente más radicalizados en cualquier sociedad) debemos reconocer que, más allá de la estructura simbólica del país impuesta por los campos de poder, estos textos se reinsertan, aún desde su negación, como auténtica cultura argentina. Después de todo, para cualquier ser humano la experiencia desintegradora y contradictoria del capitalismo siempre puede interpretarse como el establecimiento de una o más grietas entre las condiciones objetivas y las imaginarias de su existencia. Europeizantes o negristas, combativos o reconciliadores, estos textos nos devuelven la experiencia única e irrepetible de la afro-argentinidad de las últimas décadas del siglo XIX. Sujetos que no sufrían la amenaza de linchamiento por parte de logias asesinas pero que padecían y habían padecido linchamientos discursivos, personas que veían su mundo deshacerse y transformarse bajo la marejada inmigratoria.

Los quiebres de la subalternización

Hubo, hay, quizás habrá, una Argentina de «presencias reales», de una corporalidad concreta e irrepetible que permanece detrás de los discursos tradicionalmente hegemónicos y su sustitución de memorias. Acceder a las voces nunca oídas, percibir las en su particular

corporeidad es no sólo re-contextualizar las emisiones del discurso hegemónico, es inclusive ampliar y alterar su significado, encontrando los posicionamientos desde donde sus textos, funcionales a los intereses de las clases dominantes, revelan sus dimensiones más inaceptables. Pero de un modo aún más relevante, esta operativa significa simultáneamente una transformación del pasado. Y si nuestro pasado transparentemente se corporiza como «otro», forzosamente es «otro» el entendimiento que debemos hacer de nuestro presente y, entonces, otras respuestas alternativas se nos formulan como posibles ante el horizonte de construcción de nuestro futuro.

Bibliografía

- Andrews, George Reid (1980) *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, The University of Wisconsin Press, Madison Wisconsin.
- Echeverría, Esteban (1991) «El matadero», en Echeverría, Esteban (1991) *Obras escogidas*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Ezeiza, Gabino (1946) *Recuerdos del payador*, Pérez Cuberes, Buenos Aires.
- Ezeiza, Gabino (¿1916-7?) *Glorias Radicales*, Biblioteca Rosarina, Rosario.
- Ezeiza, Gabino (1910) *La batalla del Maipo*, Comisión Centenario, Buenos Aires.
- Ezeiza, Gabino (1897) *Nuevas canciones inéditas*, Biblioteca Gauchesca, Buenos Aires.
- Fanon, Frantz (1967) *Black Skin, White Masks*, Grove Press, New York.
- Ford, Jorge Miguel (1899) *Beneméritos de mi estirpe*, Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios, La Plata.
- Hernández, José (1972) *Martín Fierro*, CEAL, Buenos Aires.
- Jauretche, Arturo (1984) *FORJA y la década infame*, Peña Lillo, Buenos Aires.
- Jitrik, Noé (1971) *José Hernández*, CEAL, Buenos Aires.
- Luna, Félix (1993) *Breve historia de los argentinos*, Planeta, Buenos Aires.
- Mármol José (1995) *Amalia*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Mendizábal, Horacio (1869) *Homs de meditación*, Imprenta de Buenos Aires, Buenos Aires.

- Mendizábal, Horacio (1865) *Primeros versos*, Imprenta de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Mitre, Bartolomé (1968) *Falucho y el sorteo de Matucana*, Biblioteca, Rosario.
- Murena, Héctor (1954) *El pecado original de América*, Sur, Buenos Aires.
- Noguera, Miguel Luis (1870) *Recuerdos y esperanzas*, Periódico Los Negros, Buenos Aires.
- Picotti, Dina (1998) *La presencia africana en nuestra identidad*, Colihue, Buenos.
- Sarmiento, Domingo F. (1978) *Conflicto y armonía de las razas en América* (Conclusiones), U.N.A.M., México.
- Sarmiento, Domingo F. (1971) *Facundo*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Seibel, Beatriz (1988) *El cantar del payador. Antología*, Ediciones del Sol, Buenos Aires.
- Solomianski, Alejandro (2011) «Gabino Ezeiza y su recuperación dentro del imaginario de la identidad nacional argentina», vol. 30, *Cincinnati Romance Review, Special-Issue, Afro-Hispanic Subjectivities*.
- Solomianski, Alejandro (2005) «Recuperación. Horacio Mendizábal: *Horas de meditación*, 'Argentina'», año XXXIV, No. 100, *Hispanérica*.
- Solomianski, Alejandro (2004) «Ensayo y utopía argentina en Horacio Mendizábal», año XXXIII, No. 97, *Hispanérica*.
- Solomianski, Alejandro (2003a) *Identidades secretas: La negritud argentina*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires.
- Solomianski, Alejandro (2003b) «Desmemorias y genocidios discursivos», No. 7, *PALARA* (Publication of the Afro-Latin/American Research Association).

Publicaciones periódicas

- La Broma*, quincenal, Buenos Aires 1878-83.
- La Igualdad*, semanal, Buenos Aires, 1873-74.
- El Proletario*, semanal, La Plata, 1858.
- Los Negros*, semanal, Buenos Aires, 1869.